

“¡NAVIDAD!”

(Domingo 21 de diciembre de 2014)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)
(No. 574)



***“Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón”
(Lucas 2:7)***

La Navidad es el acontecimiento maravilloso por el cual Dios se hace presente en carne, en el escenario humano, para realizar la más grande de todas las obras: La redención del hombre pecador.

Al leer los primeros capítulos de las Sagradas Escrituras, con tristeza encontramos como una mancha en sus límpidas páginas, la narración de la trágica caída del hombre. El pastor y escritor José Guadalupe Pérez hace una analogía de esa terrible caída: “Caminando, vi a la vera del camino,



un inmenso árbol ya seco, tumbado ya de muchos años, como el esqueleto de un gigante. Me pareció oír sus añoranzas: Cuando las brisas hacían un arpa de su follaje; cuando las aves trinaban haciendo fiesta para inaugurar sus nidos; cuando el sol hacía de sus hojas una torre de espejos; cuando el cansado peregrino se deleitaba bajo su sombra; cuando se mecía sobre sus poderosas raíces burlando la furia de los vendavales... pero hoy, es solo basura, abandonado y muerto sin que nadie pueda levantarlo a su antigua

gloria”.

Esta narración parece ser la analogía clara de que la humanidad en pecado es como aquel árbol seco, despojado de todos los dones con que el Dios Santo le había enriquecido.

Aquel árbol nada puede hacer para sí. La Biblia dice: ***“Si el árbol cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Eclesiastés 11:3).***

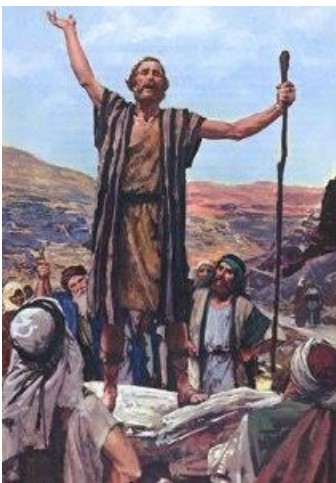
Adán cayó como un cedro sacudido por el rayo del perfecto juicio de Dios. Pero, ¡Ay! No cayó solo, porque con él todos caímos.

Ahora, por cuanto todos hemos pecado, estamos caídos, secos, espiritualmente sin Esperanza alguna. Sin poder hacer nada para remediar nuestra situación en ruinas. El apóstol Pablo describe muy bien esa condición: **“En aquel tiempo estabais sin Cristo... ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12).**

En medio de esta nebulosa y oscura tragedia que afecta al hombre por toda la eternidad, surge fulgurante el rayo de luz de la gracia de Dios, cuando dice a la serpiente: **“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15).**

He aquí, la primera profecía, el arranque del cumplimiento de la redención en Cristo.

A partir de este momento, Satanás, quien no es Todopoderoso, ni Omnisciente, trata de obstaculizar el plan salvador de Dios. Sin duda, estuvo muy de cerca en la muerte de Abel; en la esterilidad de Sara, Rebeca y Raquel; tal vez propició la relación incestuosa de Judá con su nuera Tamar de donde provino Fares; alentó a Faraón egipcio para que exterminara al pueblo elegido dando el nefasto decreto de asesinar a todo hijo varón de los hebreos. Sin duda, también participó en la relación adulterina de David con Betsabé de donde provino Salomón; quizá animaba a Atalía para que matara a toda la descendencia de su propio hijo Ocozías, la cual pertenecía a la línea Mesíánica. Quinientos años antes de Cristo, Amán, con el estímulo del autor del mal, trató de destruir en un solo día a todos los judíos. Pero a cada uno de estos problemas y errores humanos, Dios le dio solución y siguió adelante con su plan redentor.



Además, paralelamente a todos estos acontecimientos, Dios seguía formando la figura excelsa del Mesías a través de sus profetas. Se anunciaba que vendría de la simiente de Abraham y de David. (2 Samuel 7:12-13). Que nacería de una virgen (Isaías 7:14). Que sería del pueblo de Belén (Miqueas 5:2). Que una estrella aparecería (Números 24:17). Que esa estrella guiaría a los reyes (Isaías 60:3). Que príncipes le adorarían (Salmo 72:11). Que sus nombres serían: Emmanuel (Isaías 7:14); Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz (Isaías 9:6).

Nueve meses antes de su nacimiento, el ángel Gabriel anunció a una doncella llamada María, que ella concebiría del Espíritu Santo y que daría a luz un hijo al cual llamaría Jesús.

Porque EL salvaría a su pueblo de sus pecados.

También lo anunció como Hijo del Altísimo: Hijo de Dios, nombre con el cual de muchas maneras, el Señor asaeteó el pensamiento judío para que comprendieran que Cristo es el mismo Verbo hecho carne.

En este mismo anuncio, Gabriel lo declara como Rey Eterno, tomando el reino de su padre David para siempre.

También es declarado el Santo Ser que nacerá, que entre otras cosas, enfatiza su designio de ser la única ofrenda, santa y aceptable, en sustitución de cada uno de nosotros y en pago por todos nuestros pecados.

El nacimiento de este ser, es lo que conocemos como la Navidad. Cristo vino a este mundo. Dios visitó a la humanidad entera. Dios habitó con los hombres y vieron su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre, llena de Gracia y de Verdad, como bien lo dice el apóstol Juan en su evangelio: **“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).**



Los cristianos no celebramos un día o una época. Nosotros celebramos el nacimiento de nuestro Salvador aquí en la tierra.

Este es el Ungido, el Escogido, el Prometido, quien viene a levantar a los caídos en el pecado y en la muerte. Es el que trae una Esperanza de amor y de gracia. Quien viene a buscar y a salvar lo que se había perdido. ÉL mismo se retrató como el buen pastor que busca a su oveja perdida aún por los collados, los valles y los montes. O como el padre amoroso que espera el regreso de su hijo perdido y cuando le ve, corre a encontrarlo y se echa a llorar a su cuello en un largo y tierno abrazo.

La Natividad es el comienzo de la marcha triunfal de la gracia, el amor y la misericordia de Cristo.



Sanando a los quebrantados de corazón, levantando a los moribundos por el pecado, participándoles de su perdón y la experiencia segura de su Salvación a través de su fe en ÉL.

La figura excelsa de Cristo, sobresale magnífica en el firmamento de los siglos como estrella centelleante de primera magnitud. Su Personalidad Augusta es de tal índole, que no la podríamos aquilatar en un solo sentido. Es como un poliedro, que en cada una de sus facetas exhibe destellos fulgurantes a todo esplendor.

El escéptico Ernesto Renán dijo de Cristo: “Borrar tu nombre de los anales del mundo, sería conmoverlo hasta sus cimientos. Entre tú y Dios no se hará distinción alguna”.

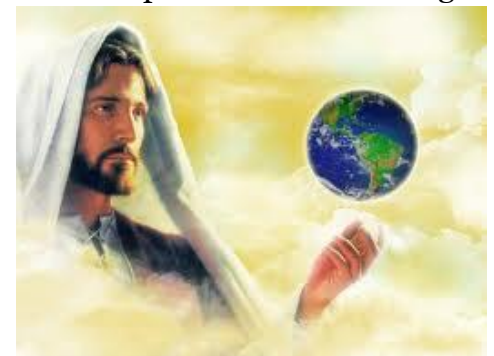
Voltaire, siendo ateo reconoció: “Jesucristo ha influido sobre el mundo entero. Todo se ha reformado, se ha hecho cristiano o tiende a serlo”.

Van Dyke escribió: “Históricamente aparece como ningún otro hombre ha aparecido jamás. No es siquiera la estrella mayor de alguna constelación. Platón brilla en conjunción con Sócrates y Aristóteles; César con Pompeyo y Craso; Lutero con Melanchthon y Calvino; Shakespeare con Fletcher; Napoleón con sus mariscales. Pero Cristo permanece solo, brillante, sin tener igual, en un cielo despejado, es como si del cielo desapareciesen todas las estrellas y la Luz de las luces, pareciese sola... en suprema, pero bendita soledad”.

Cristo no puede ser solo una figura decorativa, ni siquiera un Gran Maestro o el fundador de una religión. Nuestro Señor Jesucristo es mucho, muchísimo más que eso.

Es el Tabernáculo que cobija bajo su Poderoso Nombre a todos los heridos por los dardos de fuego del maligno. Es el refugio contra el turbión y contra las tempestades. Es fiel albergue para todo aquel que quiere venir a ÉL. Es el buen pastor que levanta en sus fuertes brazos a los débiles corderos y trata con ternura a las recién paridas.

Es el Sol de Justicia que hace huir avergonzadas a las tinieblas. Es la Estrella resplandeciente de la mañana que nos orienta y nos guía. Es el lirio de los valles y la rosa de Sarón que puebla de sonrisas el paisaje de nuestra existencia. Es la Roca firme en la cual está asegurada, cimentada y construida nuestra vida. Es el Señor y Salvador. Es el Rey de reyes y Señor de señores.



Cristo es el centro y corazón de la Biblia. El Antiguo Testamento es el relato de una nación. El Nuevo Testamento es el relato de un Hombre. La nación fue fundada y desarrollada por Dios, para traer al mundo aquel Hombre. Su presentación en la tierra es el evento centra de toda la historia. El Antiguo Testamento proveyó escenario de ella. El Nuevo Testamento la describe.

Como hombre, vivió la vida más singularmente hermosa que jamás se haya conocido. Era el hombre más bondadoso, tierno, manso, paciente y simpático que jamás haya vivido. Amaba a la gente. Detestaba ver sufrir a las personas. Se deleitaba en perdonar y en ayudar. Obró milagros admirables para dar a comer a quienes tenían hambre. Aliviando a los dolientes, se olvidaba él mismo de comer. Multitudes de cansados, adoloridos y agobiados de corazón vinieron a ÉL, y hallaron salud y alivio. Se dijo de ÉL, lo que de ningún otro: que si todas sus obras de bondad se describiesen, no cabrían en el mundo los libros que llenarían. Esa es la clase de hombre que era Jesús. Esa es la clase de Persona que es Dios.

¡Celebremos sinceramente y con sentido la verdadera navidad!

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“PERDÓN EN NAVIDAD”

Un niño había recibido muchos y muy hermosos juguetes en Navidad, y pidió permiso a su padre para invitar a un compañerito de la escuela a que jugara con él. Cuando el invitado llegó, el padre se sorprendió al ver quien era y llamó a su hijo aparte y le dijo: -Pero, hijo mío, no te entiendo... ¿no es éste el mismo niño que el otro día te pegó en el recreo de la escuela?

-Si papá, -respondió el hijo, -pero en la Escuela Bíblica Dominical, nos enseñaron que Navidad es el día cuando Dios empezó a mostrarnos su perdón.

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz”
(Isaías 9:6)